



LAS BIENAVENTURANZAS COMO CARTA FUNDACIONAL DE LA IGLESIA DE LOS POBRES

Ignacio Ellacuría

El Padre Ellacuría nos ayuda a releer las bienaventuranzas con una lectura profundamente fiel al texto e intención de los Evangelios, al mismo tiempo que apunta a las consecuencias prácticas que encierran para una autocomprensión de la Iglesia. Este trabajo forma parte del libro colectivo: "Iglesia de los Pobres y Organizaciones Populares". U C A Editores, San Salvador 1979.

Las bienaventuranzas o bendiciones (con cierto olvido de las desventuranzas o maldiciones) han sido vistas por la tradición cristiana como parte esencial del mensaje cristiano. Se han leído en distintos contextos y con diferentes propósitos. Unas veces se las ha leído "sapiencialmente", esto es, con la actitud ante el mundo y con la vivencia religiosa de los libros sapienciales del Antiguo Testamento. Por este camino, que tiene algo de justificado, se ha recurrido a las bienaventuranzas para exaltar la dulzura y la resignación de los oprimidos y también para disculpar a quienes, no cumpliendo con la letra de muchos consejos evangélicos, se les ofrece la posibilidad superior de reconquistarlos espiritualmente. Otras veces se las ha leído "escatológicamente", como si lo contenido en ellas poco tuviera que ver con la historia.

Frente a estas lecturas es importante intentar una lectura "cristiana", esto es, una lectura que, apoyada en el propio Jesús y en su medio histórico, así como en los que son destinatarios primarios de su misión, recupere la verdad y la efectividad, que les compete. Esta lectura cristiana supone que los destinatarios principales del mensaje del Reino son los pobres y supone, además, que en este primer anuncio solemne del Reino se dibuja lo que pudiéramos considerar la carta fundacional de la Iglesia de los pobres. En efecto, al llamar a los pobres bienaventurados y bienaventurados en relación con el Reino, Jesús está señalando las directrices de una Iglesia al servicio del Reino. Si en el Reino son bienaventurados los pobres, si la Iglesia está referida al Reino, la Iglesia debe conformarse como una Iglesia de los pobres.

Desde esta perspectiva vamos a hacer una lectura de las bienaventuranzas en la doble versión que hacen de ellas Lucas y Mateo, que son los únicos evangelistas que las refieren. Precisamente esta doble versión es la que levanta el problema de cómo ha de entenderse la Iglesia de los pobres. Pero esta doble versión que mucho ayuda para la cabal comprensión de las bienaventuranzas remite a un fondo común, que también es preciso examinar. Serán las dos partes de este pequeño trabajo.

1. La doble versión de Mateo y Lucas

Lucas y Mateo abren el discurso inaugural de Jesús, que anuncia el estatuto del Reino, con el pasaje de las bendiciones y maldiciones. Pero este pasaje es redactado de forma distinta por uno y otro. Para resaltar la diversidad vamos a poner en doble columna la versión de cada uno, proponiendo en primer lugar los versículos que les son comunes y luego los que no tienen paralelo directo, aunque esto implique un pequeño cambio en el orden de Mateo, que pudiera tener alguna significación:

Mt 5, 3-12

Dichosos los pobres
de espíritu porque de ellos es
el Reino de los Cielos

Dichosos los que tienen hambre
y sed de justicia, porque serán
(ellos) saciados

Dichosos los afligidos
porque (ellos) serán consolados

Dichosos serán ustedes, cuando
les insulten y persigan, y digan todo
mal contra ustedes, mintiendo a causa
de mí

Regocijense
y exulten, porque su recompensa
es grande en los cielos, porque así
ellos han perseguido a los profetas
que fueron antes de ustedes

Dichosos los mansos
porque ellos poseerán la tierra

Dichosos los misericordiosos
porque ellos alcanzarán misericordia

Lc 6. 20-26

Dichosos los pobres
porque suyo es el Reino de Dios

Dichosos Uds. que tienen hambre
ahora porque serán (Uds.) saciados

Dichosos Uds. que lloran ahora
porque Uds., reirán

Dichosos serán ustedes, cuando los
hombres los odien y les excluyan e
insulten, y rechacen su nombre como
malo a causa del hijo del hombre

Regocijense
en ese día, salten de gozo, porque he
aquí que su recompensa es grande en
el cielo, porque de la misma manera
sus padres actuaron contra los profetas

Dichosos los limpios de corazón
porque ellos verán a Dios

Dichosos los que hacen la paz
porque ellos serán llamados hijos de Dios

Pero ay de ustedes los ricos,
porque ya tienen su consuelo

Ay de ustedes los que ahora
están saciados
porque van a pasar hambre

Ay de los que ahora ríen
porque van a lamentarse y llorar

Ay si todo el mundo habla bien de
Uds. porque así es como los padres
de ellos trataban a los falsos profetas.

a) La comparación de los textos en lo que tienen de versión literaria muestra, por lo pronto, dos secciones que son propias y exclusivas de cada uno de los evangelistas de modo que faltan en el otro: son las maldiciones o imprecaciones de Lucas y las cuatro bendiciones que Mateo propone y Lucas desconoce. Muestra, en segundo lugar, algunas diferencias importantes aun en los mismos textos comunes:

aa) Donde Lc dice simplemente "pobres", Mt dice "pobres de espíritu"; donde Lc dice "hambre", Mt dice "hambre (y sed) de justicia".

ab) Lc subraya la actualización de las bendiciones y su historicidad cuando dice, por ejemplo, que el hambre se da "ahora" y que el llanto es de "ahora" mientras que Mt suprime el adverbio.

ac) Las tres primeras bendiciones de Mt son abstractas en el sentido de impersonales, mientras que las de Lc se refieren en segunda persona del plural a oyentes presentes.

ad) Sin embargo, en la cuarta bendición (la octava y última de Mt) ambos evangelistas coinciden en la segunda persona del plural y en la referencia inmediata a los oyentes.

ae) Hay todavía otras diferencias: reino de los cielos-reino de Dios, afligidos—los que lloran, a causa de mí— a causa del hijo del hombre, etc.

Aunque es claro el fondo común de las dos versiones, son claras también las diferencias. De aquí no se sigue que lo únicamente revelado es lo que ambas tienen de común e idéntico ni tampoco se sigue que cada uno puede optar por la versión que más le convenga. Más bien hay que llegar a una asimilación e interpretación de ambas dando así al texto evangélico toda su riqueza y complejidad. En principio no puede pensarse que una de las versiones excluye a la otra ni siquiera que una

supere a la otra, sino que deben verse la una referida a la otra e interpretada por ella. Si fuera posible alcanzar el fondo común del que parten y que se acercaría más a lo propuesto por el mismo Jesús, tendríamos una clave para entender el sentido profundo común y tendríamos una pista para explicarnos cómo y por qué ese fondo común fue reinterpretado de forma distinta por diferentes comunidades, según sus propias necesidades históricas.

Para lograrlo es menester analizar por separado lo propio de Mt y lo propio de Lc.

b) Interpretación de las peculiaridades de Mt

El texto de Mt, en lo que tiene de propio, parece muy espiritual no tanto por lo que dice en sí mismo como por lo que han hecho de él exégesis espiritualistas o interesadas. Hasta tal punto que por estos textos y por otros se ha llegado a plantear seriamente la cuestión de si el evangelio de Mt no es o no lo han convertido en un evangelio para ricos (cfr. *Sal Terrae* 61 (1973) pp. 5-17). Por eso hay que preguntarse hasta qué punto la versión mateana de las bienaventuranzas representa una idealización espiritualista.

ba) Comparado con el texto lucano hay ciertamente una idealización y espiritualización, sobre todo si se lo lee como hoy nos lo hacen sonar. La pobreza que Jesús bendeciría sería la pobreza espiritual, el hambre y la sed que premiaría serían el hambre y sed de justicia y no la condición material del pobre, del hambriento y del sediento. Por otro lado, la contrapartida de la desgracia presente se remitiría —cosa que no ocurre en Lc— a un futuro intemporal en que “ellos” serán saciados y consolados y esto de un modo pasivo y receptivo sin poner nada de su parte. En definitiva, se hablaría de un Reino de los cielos, donde se irían a resolver los problemas de este mundo sin que en la solución intervinieran positivamente aquéllos que en este mundo han sido oprimidos.

bb) Pero ya los propios textos de Mt, esto es, los no recogidos por Lc —cuánto más los que son de Mt y Lc— apuntan a una actitud más activa y personal. Los mansos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que hacen la paz no son ya gentes que sufren lo que les viene encima, sino gentes que adoptan positivamente una actitud y una forma de hacer, que se contraponen a las que son usuales en el reino de este mundo. Después se explicará el significado de cada una de esas bienaventuranzas propias de Mt, pero desde aquí conviene señalar que representan un modo típicamente cristiano, esto es, no mundano, de enfrentarse con la vida.

bc) Es cierto que en Mt faltan las maldiciones como su contrapartida dialéctica. Sin embargo, este hecho debe ponerse en línea con otra constatación evidente en el resto del evangelio de Mateo, el evangelio de Mt abunda de maldiciones y de ataques directos, de modo que las bendiciones deben leerse en todo el conjunto procesual de la narración mateana. Tenemos, por ejemplo, el “no piensen que he venido a sembrar la paz en la tierra; no he venido a sembrar la paz sino espadas” (10, 34): Jesús llama a fariseos y saduceos “generación perversa y adúltera” (16,4) dice que “es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios” (19, 24). Mateo narra la expulsión violenta de los

vendedores del templo. Y para finalizar están todas las violentas invectivas del capítulo 23 contra los escribas y fariseos, entendidos como jefes del pueblo, al que no hacen sino oprimir y vejear. ¿Es que Jesús no se aplicó a sí mismo el espíritu de las bienaventuranzas? O, más bien, ¿es que el espíritu de las bienaventuranzas se historiza de modo distinto cuando se le opone un mundo de injusticia y de opresión?

bd) Y es que, incluso tal como aparecen en el texto de Mt, las bienaventuranzas no son tan idealistas y espiritualizadas como se quiere hacer ver.

Por lo que toca a los “pobres de espíritu” no se puede decir que la bienaventuranza esté recompensando a los que siendo ricos se sienten pobres espiritualmente sino en primer lugar a los que siendo realmente pobres aceptan con espíritu su pobreza y hacen de ella principio de salvación. La bienaventuranza es prometida no a los ricos sino a los pobres que asumen su condición. Tiene razón M. Dibelius cuando afirma que la primera bienaventuranza no glorifica al proletariado como tal, pero la tendría mayor si nos dijera qué es lo que necesita el proletariado o su equivalente histórico para llegar a ser “pobre con espíritu”, esto es, para cristianizar su pobreza. Es difícil negar que el proletariado o su equivalente histórico sea el que en principio tiene las máximas condiciones para asumir el espíritu cristiano y acometer la salvación histórica.

Incluso autores tan moderados como Bonnard interpreta que “estos pobres son los que por una larga experiencia de la miseria económica y social han aprendido a no contar más que con la salvación de Dios”. Se trata de una condición humana, material y espiritual a la vez, que el Antiguo Testamento ya conocía. No es que con eso se cierre el campo de la bienaventuranza a los que son material y económicamente pobres y oprimidos: por un lado, la pobreza material aunque es lugar privilegiado de salvación no realiza todas sus virtualidades si no es concientizada y espiritualizada adecuadamente; por otro lado, la riqueza no es siempre y en absoluto negación de la salvación, aunque siguiendo la antigua terminología habría que decir que el *princeps analogatum* de la salvación, aquél a quien se refiere primariamente y por sí mismo, es el pobre con espíritu, mientras que los ricos espiritualmente pobres son sujeto de salvación derivadamente y en relación con los primeros.

Finalmente conviene recordar un texto que ha sido descubierto recientemente en el **Rollo de la Guerra** de Qumran, donde se ha encontrado la misma expresión de “pobres de espíritu”. Dice así el texto: “y da firmeza a los que les tiemblan las rodillas. . . y todos los pueblos orgullosos serán aniquilados por los pobres de espíritu”, donde los pobres de espíritu que aniquilarán a los orgullosos son precisamente los oprimidos por los hombres violentos. Tal vez sea exagerado relacionar directamente los pobres de espíritu de Qumran con los pobres de espíritu de Mateo en su actitud violenta contra los opresores y en su seguridad de triunfo final, pero más exagerado resultaría hacer de él una lectura puramente espiritualista, sin relación alguna con las bases materiales de la pobreza.

Por lo que toca a los que tienen “hambre y sed de justicia”, es cierto que Mt espiritualiza la expresión mucho más desnuda de Lc. Pero no por ello se habla aquí de justicia en el sentido de la justificación paulina aunque tampoco de la justicia social, sino del veredicto soberano de Dios que libera a los oprimidos. Sería

erróneo pensar que Mt se está refiriendo directamente a la santidad ética o al perdón de los pecados sino que está fijándose en el Dios que hace justicia, en el Dios que puede realizar plenamente su Reino. El hambre y la sed de esta justicia de Dios, de este su hacer justicia, será satisfecha. Se está clamando por una presencia de la justicia de Dios y se promete que ese clamor va a ser satisfecho.

Las bienaventuranzas que son propias y exclusivas de Mt proponen algunas características del espíritu que debe animar a los pobres. Son formas de explicitar quiénes son los pobres en su espíritu, quiénes son los pobres con espíritu. Los materialmente pobres, los socialmente empobrecidos deben recuperar activa y libremente su condición, sin lo que no tendrán conciencia de lo que son ni podrán actuar como son. Así como se habla de conciencia de clase habría que hablar de conciencia de la propia condición de pobreza, pero de una conciencia activa, que apoyada en la realidad de la pobreza la dinamice y la oriente. Esto habrá de hacerse según sean las causas y las condiciones de la pobreza en cuestión, pero también según lo que es el espíritu cristiano, que promueve ciertas actitudes fundamentales, que pueden ser muy distintas de las propuestas por otras orientaciones frente a la misma realidad de la pobreza.

La primera de estas características es la mansedumbre en el sentido de la no violencia. El propio Mt ha recogido el que Jesús se mostraba como manso y humilde de corazón. Pero el mismo Mt muestra a Jesús violento con quienes ponían cargas intolerables sobre las espaldas de los más débiles. De esta bienaventuranza, por tanto, no se puede concluir en favor de un pacifismo a ultranza o de una resignación pasiva, cuando la situación histórica exige la decisión y la firmeza. Lo que sí puede deducirse es que el cristiano, como Jesús, es en el fondo de su corazón manso y humilde; no es de corazón pendenciero o revanchista y prefiere los caminos de la paz. Precisamente por ello puede ser más libre y más humano en los enfrentamientos necesarios, que no nacerán de reacciones psicológicas sino de exigencias tal vez dolorosas de la realidad. A estos mansos se les promete como recompensa la posesión de la tierra. Aunque con esta expresión se formule de forma distinta una misma promesa común con la de las otras bendiciones, no es desdeñable el simbolismo de la forma distinta. Por un lado da cierta materialidad tangible a la promesa del Reino, por otro pone en conexión la posesión de la tierra nueva con la verdadera mansedumbre cristiana.

La segunda característica es la misericordia, pues los misericordiosos son aquéllos que se compadecen de los aflijidos y ejercen con ellos misericordia. No es suficiente la mansedumbre sino que junto con ella y modulándola debe ir un sentir el dolor ajeno y un contribuir a curar ese dolor. Esta actitud es todo lo contrario de la indiferencia o de la permisividad ante los males de este mundo, sobre todo los que afligen a los demás. Todo lo que pueda implicar de benevolencia con quienes son débiles o ya han sido derrotados, implica de intolerancia ante lo que aflige a los más pequeños. Resuena aquí tanto la liturgia de los salmos como los reclamos de los profetas y como fondo ha de sentirse la idea de que seremos medidos conforme a la medida con que midamos a los demás.

La tercera característica es la limpieza de corazón, donde por limpieza de corazón ha de entenderse un corazón sincero y no dividido, leal servidor de Dios y de los hombres. A este limpio de corazón se le promete la visión de Dios. Esta sim-

plicidad de intención tan reclamada en el Sermón de la Montaña es la que se expresa con esta fórmula de la limpieza de corazón, que en sí misma no se refiere al tema distinto de la castidad.

La cuarta característica es la del trabajo por la paz. No se bendice primariamente a los no perturbadores sino a los que positivamente laboran por la paz. El evangelista está claro que no es precisamente paz lo que más abunda en el mundo; por eso reclama un trabajo por la paz. La paz es ciertamente una promesa del Reino, algo que los hombres deben buscar, pero es la respuesta de Dios puesta en relación con los que luchan por ella. Según sean las circunstancias históricas por las que se da esa falta de paz, así el hacer la paz tomará unas características u otras.

Estas breves reflexiones sobre lo que Mt tiene de propio y exclusivo en las bienaventuranzas muestran que no se justifica el uso que se quiere hacer de su versión. Mateo subraya ciertamente algunas disposiciones fundamentales del invitado al Reino, disposiciones que luego desarrollará a lo largo del Sermón del Monte, pero no por ello se olvida de la base real sin la que esas disposiciones serían pura fantasía. El ejemplo mismo de Jesús a lo largo de su vida es el mejor modelo de cómo deben cumplirse, de cómo han de ir adquiriendo un contenido real concreto.

No puede olvidarse finalmente que lo propio de Mt no es todo lo que Mt dice en el pasaje de las bienaventuranzas pues tiene zonas comunes con Lc. Ni puede desconocerse la necesidad de interpretar lo que le es propio desde lo que es diferenciativo de Lc y también de lo que le es común con él. Lo mismo que ha de hacerse con Lc.

c) Interpretación de las peculiaridades de Lc

A Lc se le ha llamado el evangelista social por su preocupación un tanto violenta por la desigualdad entre ricos y pobres. El señalamiento es tanto más significativo cuanto que es también el evangelista de la misericordia y el perdón, el evangelista de la gracia. En lo que toca a las bienaventuranzas le son propios y diferenciativos dos aspectos fundamentales: el realismo de las bendiciones y la presencia de las maldiciones.

ca) El realismo de las bendiciones estriba en que Lc habla de los pobres sin más, de los que tienen hambre material y de los que sufren hasta las lágrimas; esto es, no espiritualiza ni idealiza la pobreza, el hambre o las lágrimas; basta con que se den para que merezcan la bendición de Dios. Y habla de todos los que están en esa condición, como si estuvieran presentes, como si Jesús estuviese rodeado de ellos y les prometiera en directo una solución a sus problemas o, por lo menos, un espíritu nuevo para buscar la solución. Más aún, por dos veces repite el "ahora", esto es, quiere subrayar la situación de los que aquí y ahora tienen hambre, son pobres, están llorando.

Este realismo indica quiénes son los verdadera y plenamente bienaventurados, quiénes son en consecuencia los primeros en el Reino y quiénes son los destinatarios privilegiados del mensaje y de la acción de Jesús. Son los pobres sin más, los pobres que rodearon a Jesús en su vida histórica. Será más difícil puntualizar cuál es el camino por el que estos pobres, sin dejar de serlo, van a constituirse en bienaventurados. Pero resulta claro que son los pobres, cuya característica prima-

ria y radical es la miseria social, los que, por el mero hecho de ser pobres, son término preferido de la bendición de Dios, de la benevolencia divina. Más aún, las otras dos bienaventuranzas (los que tienen hambre y los que lloran) son dos explicaciones del primer término: los actual y materialmente pobres. Por eso es un error situar en la misma línea de la pobreza a todo el que sufre, a todo el que llora; los pobres que aquí se nombran son, ante todo, los pobres materiales que se definen por sus contrarios los ricos y, más en general, los que son pobres injustamente como resultado de la acción de los poderosos. Asimismo es de notar que no se habla aquí directamente del pobre en singular sino de los pobres que forman cuerpo, pues la bienaventuranza no se detiene en un caso singular y casual sino en algo que llama la atención por su volumen social y por su gravedad religiosa e histórica.

Ciertamente los "pobres" son un término de gran riqueza en la Escritura, pero no por ello puede hacerse de la pobreza una categoría meramente espiritual, que perdiera su radicación primaria en lo que es una determinada y precisa situación social e histórica. La situación social e histórica puede ser muy diferente según, sea el estado de desarrollo de las distintas formaciones sociales: no son los mismos los pobres en el mundo noroccidental que en el mundo socialista o que en el mundo del subdesarrollo y de la dominación; de ahí que no sería acertado definir de una vez por todas quiénes son los pobres. Pero siempre quedará en pie la idea de que son pobres los injustamente desfavorecidos y desposeídos, los oprimidos, aunque esta opresión injusta o, al menos, no directamente culpable, pueda tomar formas distintas según el estadio de desarrollo en que esa pobreza tenga lugar.

cb) La presencia de las maldiciones ratifica el realismo de Lc así como el carácter realista de todas sus bienaventuranzas. En las maldiciones de Lc se arremete contra los ricos sin más, contra los que están realmente saciados ahora, contra los que ahora ríen, contra los que son alabados y estimados por el mundo. No se trata aquí tampoco primariamente de disposiciones espirituales sino de situaciones reales; no se trata ni tan siquiera de actitudes sino de determinaciones cuasi-físicas. Basta con ser ricos, con estar saciados, etc. para merecer la imprecación de Jesús, lo cual no significa necesariamente que cualquier riqueza merezca la misma condena, aunque sí significa que cualquier riqueza para no ser condenada debe buscar una justificación, ya que el hecho mismo de ser rico es en determinadas situaciones históricas indicio, que habrá de aclararse, de que algo marcha mal. Más aún, la maldición no se formula abstractamente (riqueza, saciedad) sino concreta y grupalmente (ricos, saciados); no es que la riqueza tenga peligros sino que es algo más: es que el grupo de los ricos es el que como grupo nada tiene que esperar del Reino de Dios, si no enfra en camino de conversión a través de la pobreza.

Que estas afirmaciones suenen duras no es de extrañar. Por ello han sido disimuladas en muchas fases de la predicación cristiana. Si hubieran sido pronunciadas hoy serían anatematizadas como subversivas, como suscitadoras del odio y de la lucha de clases. Sin embargo, la Iglesia ha tenido el coraje de conservarlas al correr de los siglos y los mejores de sus hijos desde los primeros Padres de la Iglesia hasta los mejores profetas de nuestros días no han dudado en repetirlas, en reforzarlas y en aplicarlas a las diferentes situaciones. La famosa y terrible frase de San Jerónimo: "pues todas las riquezas descienden de la injusticia y, sin que uno haya perdido, el otro no puede hallar. Por eso me parece a mí, que es verdaderísimo

aquel proverbio común: el rico o es injusto o es heredero de un injusto", es un recordatorio y una actualización del problema planteado por las maldiciones de Jesús como parte integrante de las bendiciones.

Ciertamente todas estas afirmaciones deben historizarse, esto es, deben cobrar realismo histórico según las distintas situaciones y épocas; deben ser leídas según su propio género literario y deben ser completadas por el conjunto del mensaje cristiano. Todo esto es cierto. Pero ni la historización, ni la lectura crítica ni los complementos pueden llevar a una interpretación contraria o simplemente ajena a lo que dice el texto en toda su crudeza literal. Si Mt nos empuja con razón a espiritualizar y dar sentido profundo al hecho bruto, Lc nos empuja con la misma razón a materializar y dar eficacia real a los planteamientos más idealizados. La dureza imprecativa que se da en el texto de Lc —y las acciones que se siguen de esta actitud— no debe llevar a la negación de la mansedumbre, de la misericordia, etc. Pero la predicación de la mansedumbre y de la misericordia no deben anular la dureza imprecativa y la radicalidad de la postura cristiana. Difícil tarea sin duda la de unificar dialécticamente ambas dimensiones sin mengua de ninguna de ellas, pero tarea sin la que no puede darse un verdadero cristianismo.

La contraposición formal entre las bendiciones y las maldiciones pone en contradicción dividida a los grupos sociales: de un lado, los ricos, los hartos, los que ríen y del otro los pobres, los hambrientos, los que lloran, los menospreciados. No significa esto ni el reconocimiento de clases estrictamente tales ni, menos aún, la proclamación de una lucha de clases en el evangelio de Lc. Sin embargo, la intuición de la oposición fundamental no sólo está reconocida sino proclamada. Es una oposición que aparece ya en el primer capítulo de su evangelio puesta en boca de la Virgen María: "a los hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos" (1, 53). En esta contraposición, Dios está de un lado y está en contra de otro; entre los ricos que hacen pobres y los pobres, entre los que están hartos por el despojo de los demás y los despojados, Dios y su reino son parciales y son activamente parciales. Lc se ha encontrado con una determinada situación social, ha reconocido en ella una contraposición fundamental de índole predominantemente material, la ha contemplado con ojos cristianos y no ha dudado en dar una precisa interpretación teológica involucrando en esa situación nada menos que el juicio escatológico de Dios. La historia de la salvación no puede dar la espalda a este hecho.

2. El fondo común de Mateo y Lucas

Aunque, como se acaba de mostrar, son notables las diferencias entre los dos evangelistas no pueden menos de reconocerse elementos comunes, que permiten hablar de un fondo común y aun de una fuente común. Esta fuente sería el llamado documento Q, que Mt y Lc tuvieron a su disposición y no Marcos, lo cual explica por qué este no hace mención expresa de este pasaje fundamental.

Tiene importancia ir en busca de este fondo común, porque nos acercaría de algún modo a lo que realmente sintió y proclamó Jesús; la tiene asimismo porque permite acercarse a una especie de núcleo originario, que sirve de contraste para entender la peculiaridad de sus derivaciones y el sentido original y originante que les compete. Pero el reconocimiento de esta importancia no significa la anulación

de la que tienen los textos diferentes, esto es, la diferencia de los textos; en primer lugar, porque son los textos diferentes los que ofrecen la base documental para retro-traernos a su origen y, en segundo lugar, porque representan un primer esfuerzo de historización autorizada, que marca la pauta para sucesivas historizaciones.

En este fondo común pueden reconocerse dos secciones bien diferenciadas: la primera sección comprende las tres bendiciones iniciales y la segunda la cuarta.

a) Lo esencial de las tres primeras bienaventuranzas estaría dado en la versión de Lc, tal vez con el arreglo de poner en segunda persona lo que estaría inicialmente en tercera persona:

Dichosos los pobres, porque de ellos es el Reino,
dichosos los afligidos, porque serán consolados,
dichosos los hambrientos, porque serán saciados.

Tomadas estas tres bienaventuranzas como texto nuclear no ofrecen en su literalidad especial novedad respecto de lo que se enseñaba en tiempo de Jesús. Los salmos y los profetas están llenos de expresiones similares y los escritos de Qumran muestran que esta especial atención a los pobres y afligidos era una tónica común, en quienes vivían intensamente su fe y no habían sido corrompidos por los poderosos de la sociedad. Según Boismard el fondo de las bienaventuranzas pertenece a los salmos y a la literatura sapiencial y es en esta literatura donde habría de buscarse el significado fundamental de las bienaventuranzas. Jesús no estaría prometiendo la riqueza a los pobres como resultado de la restauración política de la dominación de Israel sobre su mundo circundante, seguida de una prosperidad material basada en el despojo de las naciones sometidas, sino que estaría prometiendo el reino de los cielos, esto es, la posesión de Dios y la vida con Dios. La idea primera no sería la de una revancha de los pobres sobre los ricos, sino la de una afirmación de que aun los desheredados de este mundo no deben desesperar, pues su dicha está asegurada en Dios. ¿Es esto así? ¿Es esta la lectura correcta de las bienaventuranzas?

Si se admite la hipótesis de que el Sermón del Monte reproduce en lo esencial el primer estrato de la predicación de Jesús, aunque no sea necesariamente el primero en sentido estrictamente cronológico, podría admitirse que las bienaventuranzas no tuvieran un sentido tan conflictivo como el que propone Lc ni tan elaborado teológicamente como propone Mt. Sólo más tarde, cuando el ejercicio de su predicación le fue mostrando a Jesús la verdad última de lo que anunciaba y la verdad de la situación en que predicaba, su mensaje se habría ido radicalizando. Pero en esta hipótesis habría que interpretar el sentido definitivo de las bienaventuranzas desde todo el curso histórico de la vida de Jesús hasta su culminación en la muerte violenta y no como una sección que tuviera de por sí un sentido definitivo. Desde este punto de vista la verdad desarrollada e historizada del mensaje primero de Jesús estaría en la lectura que de él hicieron las comunidades primitivas de Mt y Lc.

Sin embargo, aun manteniendo el carácter primerizo del fondo más primitivo de las bienaventuranzas, lo menos que habría de admitirse es la especial significación que para Jesús tienen los pobres, los afligidos, los hambrientos. Estos son los primeros en el reino, un reino que no puede concebirse en los términos, que in-

sinúa Boismard. No es que "aun" los pobres pueden encontrar consuelo en Dios sino que los pobres son aquéllos que por antonomasia van a encontrar su plenitud en el reino, un reino que supone, aunque sea utópicamente, la presencia triunfante del bien y de la justicia de Dios en la historia de los hombres. De ahí que tampoco pueda concebirse adecuadamente el reino como una vida interior en Dios y con Dios, que compensara los sinsabores y la desesperanza de la vida real; la misma manera concreta de presentar las necesidades y su remedio aboga por una presencia histórica del reino, por difícil que parezca su historicidad. El jalón utópico del reino lleva a la transformación de la historia, en especial de la historia de opresión, con lo que el reino deja de ser una meta transhistórica para convertirse en un principio histórico de efectividad real.

Y es que no resulta suficiente apelar al fondo sapiencial del Antiguo Testamento para encuadrar el significado de las bienaventuranzas. No en vano el evangelio pone al comienzo de la predicación de Jesús la resonancia de un texto profético: "el espíritu del Señor Jahvé está sobre mí, porque él me ha ungido y me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios, para consolar a los afligidos. . ." (Is 61, 1-2). No puede decirse que el significado real del día del desquite y del año de gracia hayan perdido en boca de Jesús todo su contenido material e histórico. Pensarlo así sería juzgar que Dios sólo puede intervenir en el campo de las conciencias individuales y no a través de hechos y movimientos históricos, capaces de realizar el año de gracia y de cumplir el día del desquite. El anuncio de las bienaventuranzas se centra en el reino y pone en conexión la presencia de Dios con el remedio histórico del hombre. Es cierto que en ellas aparece más el don de Dios que la acción del hombre, pero este don de Dios elige al que no tiene nada, al que es oprimido, para ser el signo de su presencia y de su bienaventuranza. Los pobres son los bienaventurados y, por lo tanto, son los primeros en el reino.

b) La cuarta de las bienaventuranzas comunes tiene otras características. Es improbable que Jesús la formulase al principio de su predicación, pues se refiere a la persecución que sufrirían sus discípulos por causa de su nombre. Representa más bien una lectura de la persecución histórica de sus discípulos desde la vida de Jesús y de lo que le había ocurrido en el anuncio del reino. Pero, por otro lado, el que ambos evangelistas la hayan situado junto a las otras bienaventuranzas, fuera de posibles explicaciones puramente literarias, apunta a una intencionalidad: la de poner en relación las otras bienaventuranzas con ésta y a ésta con las otras. Se iluminan así mutuamente.

Una pista para dar con su significado profundo está en la referencia a los profetas: les persiguen como persiguieron a los profetas, como sus padres persiguieron a los profetas así ellos les persiguen a ustedes. La equiparación no se reduce a la persecución sino que se extiende a la causa de la persecución: los profetas fueron perseguidos y muertos por ser profetas, esto es, por poner en indisoluble conexión las exigencias del reino de Dios con la realidad de la historia. La unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se sitúa precisamente en la perseverancia

de la oposición humana a los testigos de Dios, subraya Bonnard. Y es que quienes tienen embarcado el nombre de Dios en defensa de intereses injustos no pueden tolerar que precisamente en nombre de Dios se dinamiten sus intereses. Lo que en ellos es pura cobertura ideológica se convierte en lacerante palabra de Dios, cuando entra en escena el profeta.

Se trata, por tanto, de una persecución profética. Es probable que tanto Lc como Mt se estén refiriendo en un primer plano a la persecución de los nuevos cristianos por parte de los judíos, que los empiezan a expulsar de las sinagogas (Mt no hace alusión a la expulsión, porque probablemente su comunidad no había roto definitivamente los lazos con las comunidades judías). Pero este fenómeno, aparentemente religioso y sólo religioso, debe ser leído en el marco interpretativo de la historia de Jesús: la predicación y la acción de Jesús no conmovieron tan sólo el ámbito de los poderes religiosos sino a la par el ámbito social y político. No en vano se sitúa esta bienaventuranza como colofón de las otras tres: recibe de ellas una clara dirección y, por otro lado, sirve de confirmación del sentido histórico en que deben ser entendidas: los pobres van a ser perseguidos, precisamente porque su pobreza bendita desde la perspectiva del reino es maldita desde la perspectiva de los intereses contrarios al reino. Aunque Jesús no la pronunciara —y menos en este lugar— la comunidad primitiva supo dónde colocarla teológicamente; quedaba iluminada en el conjunto de las otras bienaventuranzas (también tiene como promesa el cielo), pero servía de concretización histórica y de prueba real a las otras tres.

Por eso la determinación de la causa de la persecución (“a causa de mí” en Mt, “a causa del hijo del hombre” en Lc) lleva consigo todo lo que fue la vida de Jesús. Esto es importante, porque no toda persecución, que hayan podido sufrir los cristianos, ha sido en el nombre de Jesús y por ser sus seguidores históricos sino a veces por defender intereses que no son cristianos, que poco tienen que ver con el reino de Dios. De ahí que la lectura de Lc (“a causa del hijo del hombre”), por expresar lo que fue la vida histórica de Jesús y por poner de relieve su interpretación escatológica, pueda prestarse menos a desfiguraciones consciente o inconscientemente interesadas.

En contrapartida sólo cuando hay persecución puede hablarse de fidelidad a la causa de Jesús. En un mundo de pecado y de injusticia la presencia de Dios sólo puede despertar contradicción y oposición hasta la cruz. No sólo la vida de Jesús sino toda la tradición profética e innumerables testimonios del Nuevo Testamento apelan a esta prueba de la persecución, sin la que algo falla en el anuncio y la realización del evangelio. Quitar de éste lo que pueda herir a quienes pueden matar porque tienen en sus manos los poderes mortíferos de la tierra, es traicionarlo. Pero la promesa de Jesús que anuncia la persecución, anuncia también la recompensa del triunfo definitivo. Ningún límite histórico cierra el futuro esperanza del seguidor de Jesús.

3. Consideraciones finales

Las bienaventuranzas no son afirmaciones meramente declarativas sino que implican una declaración de intenciones. Cuando dicen, por ejemplo, “bienaventurados uds. los pobres” no sólo están constatando que hay una promesa divina

en favor de los pobres sino que están proponiendo un consejo, un mandato: "sean pobres". La recompensa prometida debe animar a los discípulos, pero, sobre todo muestra el valor intrínseco de una conducta y señala cuál es la voluntad del Dios de Jesús. De ahí que su significado profundo y su lectura adecuada es: háganse pobres mientras haya pobreza en el mundo, pónganse en el campo de los pobres. Que éste sea el sentido último de las bienaventuranzas lo muestra la propia vida de Jesús y la llamada que él hizo a todos cuantos quieren seguirle. No puede olvidarse que también Mt propone el caso del joven rico, que no se atrevió a seguir a Jesús por el peso de las riquezas, a las que dio más fe que al propio Jesús.

Son asimismo afirmaciones dialécticas, aunque con una precisa articulación:

Dichosos los pobres "porque" suyo es el reino de Dios

Dichosos los hambrientos "porque" serán saciados. . .

Esta articulación primera que muestra la acción desde el lado de Dios, que se convierte en el garante absoluto, está relacionada con una segunda articulación, que indica la necesidad de los pobres y de la pobreza para que se realice el reino:

Suyo es el reino de Dios "porque" son pobres

Serán saciados "porque" están hambrientos. . .

Finalmente esta doble articulación exige llevar a la par la acción de la pobreza y la construcción del reino, concebir de tal modo la acción de la pobreza que esa acción vaya siendo la respuesta, el comienzo de la respuesta. Dicho en otros términos, la pobreza que se bendice es aquella que va superando activamente la limitación de la pobreza en la construcción del reino donde ya no habrá pobreza opresora alguna. La primera bienaventuranza no se presenta así con la misma consecuencia lógica que las demás: mientras al hambriento se le promete la saciedad y al que llora la alegría, al pobre no se le promete la riqueza sino el reino: un reino ciertamente en que habrá paz, alegría, presencia de Dios, pero un reino que no puede ser descrito adecuadamente en términos de riqueza histórica. En el reino habrá abundancia para todos, pero nadie se podrá considerar rico en contrapartida con el pobre y en contraposición con él. El futuro que todas las bienaventuranzas anuncian es un futuro que ha de irse realizando, no obstante que tenga siempre un carácter de recibido y de gracia. El "ser pobres", el sufrir activamente, es, por tanto, una condición elegida históricamente por Dios para realizar a través de ella la plenitud del hombre. Precisamente por su carácter histórico y material dan al Reino todo su valor histórico.

Si consideramos que las bienaventuranzas abren el Sermón de la Montaña y que lo dicho en ellas (admitidas todas las elaboraciones posteriores) representa el primer estrato de la predicación de Jesús, nos encontramos que ésta arranca de una constatación socio-histórica. Jesús anuncia el reino desde la existencia real de los pobres, de los hambrientos, de los que lloran. . . Su predicación no es abstracta y general, universalmente unívoca sino plenamente histórica referida a la situación individual y social, que era la predominante en su época. Su evangelio es, ante todo, un evangelio en favor de quienes en el reparto del mundo han recibido la peor porción.

En una sociedad no sólo pobre sino dividida Jesús se puso claramente del lado de los oprimidos, dando así una pauta definitiva de lo que debe ser la fe cristiana y de lo que debe ser la Iglesia. No se trata únicamente de que se ponga a su fa-

vor, de que les tenga simpatía o misericordia sino de que les sitúa en el lugar central de la salvación y en la posición principal del reino. Son pobres, además, que están contrapuestos a unos determinados ricos hasta el punto de que para unos son las bendiciones cristianas y para los otros las maldiciones cristianas. Sin embargo, el reconocimiento de los pobres como sujeto primario de la historia de la salvación no supone la afirmación de una especie de *ex opere operato* de la pobreza. Aunque el hecho mismo de la pobreza injustamente padecida (cuanto más la voluntariamente aceptada o buscada) implique en sí mismo una benevolencia y una gracia de Dios, Jesús reclama llevar esa pobreza a un estadio consciente y activo. La pobreza misma puede ser corrompida y para que no lo sea Jesús propone situarla en la actividad propia del Reino.

Por eso, aunque pudiera parecer una desviación del texto literal, la traducción real de los pobres de espíritu es la de "pobres con espíritu" esto es, pobres que asumen su pobreza real en toda su inmensa potencialidad humana y cristiana desde la perspectiva del reino. No basta con el hecho material de la pobreza como no basta con la sustitución de la pobreza material por una intencionalidad espiritual. Hay que encarnar e historizar el espíritu de pobreza y hay que espiritualizar y concientizar la carne real de la pobreza. La Iglesia, una Iglesia de los pobres, tiene como misión singular esta espiritualización de la pobreza, esta elevación a conciencia de lo que es en sí misma la pobreza como opresión y como principio de liberación. Esta es una tarea suya indispensable e insustituible. Los evangelios no nos muestran que Jesús tomara acciones organizativo-políticas para resolver históricamente el problema de la pobreza; sin embargo, su predicación del reino a los pobres se presenta como un elemento esencial para que no sean manipulados sino que alcancen todas sus potenciales virtualidades. La conciencia cristiana de la pobreza se presenta así como uno de los aportes fundamentales al problema histórico de la pobreza; es un aporte no suficiente pero sí necesario.

Vistas en su conjunto, las bienaventuranzas pueden verse, en definitiva, como carta fundacional de la Iglesia de los pobres. La Iglesia de los pobres no puede construirse al margen de las bienaventuranzas. Al contrario, es quien mejor puede entenderlas y llevarlas a la práctica. Por eso es bienaventurada y por eso es camino para el reino.

